TRIBUNA

**UN DEBATE DE FONDO**

En todo el mundo se enmascaran hoy como "intervenciones humanitarias" o "prevención del terrorismo" lo que no son sino ocupaciones militares ilegítimas

# El presupuesto militar

**Isidoro Moreno**

CATEDRÁTICO DE ANTROPOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

LA infortunada muerte de 62 militares, cuando volvían de Afganistán, está dando lugar, además de al lógico luto y a no poco malestar en el Ejército por un accidente que posiblemente pudo evitarse, a un debate público que, mucho me temo, tiene como objetivo intentar convencer a la ciudadanía de que es imprescindible aumentar el presupuesto militar.

El propio vicepresidente del Gobierno, Mariano Rajoy, en su objetivo de exculpar al Gobierno de responsabilidades políticas por el alquiler de aviones en deficiente estado para transportar personas, ha reconocido que la utilización de los viejos Yakolev soviéticos y de una tripulación ucraniana no tiene nada que ver con el volumen de las partidas militares, ya que estos traslados se pagan mediante "créditos ampliables" pertenecientes a otros capítulos de los presupuestos. O sea, que la falta de seguridad que puede explicar la catástrofe no estuvo motivada por estrecheces económicas, sino por una flagrante negligencia en la gestión; si no es que existen otras razones aún más inaceptables.

Y, sin embargo, el propio Rajoy se apresuró a añadir que "todos los partidos políticos y el conjunto de la sociedad española deberíamos reflexionar sobre el aumento de los presupuestos militares". El debate, o más bien, el aluvión de declaraciones y artículos de prensa defendiendo la "necesidad evidente" de dicho aumento no se ha hecho esperar.

Se aduce que nuestros gastos militares alcanzan, solamente, el 1 por ciento del PIB, la mitad que hace veinte años. El dato tiene truco, porque, además de haberse eliminado el servicio militar obligatorio, con el descenso de gastos en personal que ello conlleva, varias otras partidas de los presupuestos del Estado no incluidas en los gastos militares tienen realmente ese destino. Por ejemplo, la mitad de lo que se destina, supuestamente, a I+D (Investigación más Desarrollo) tiene que ver directamente con cuestiones militares. Y podríamos poner otros ejemplos.

Se argumenta, también, que dadas las misiones actuales del Ejército español, el presupuesto de éste es muy bajo. Pero, antes de discutir esto último, ¿no deberíamos hacerlo sobre lo adecuado o no de estas misiones? La cuestión principal no es presupuestaria, ni siquiera militar, sino política. Es cierto que, actualmente, hay tropas españolas en los Balcanes, en Afganistán, en Iraq, en Djibouti, en el Golfo Pérsico y en el Océano Índico, además de asesores militares en otras partes. Y que esto acarrea, sin duda, gastos. Y que si esta tendencia se fortalece, necesitaremos cada vez más aviones de combate y de transporte, más submarinos, portaviones, tanques y toda clase de maquinaria de guerra, lo que es caro.

Pero habría, primero, que discutir la mayor: ¿es conveniente, o siquiera razonable, que un Estado de las características del nuestro pretenda convertirse en potencia militar, con tropas en la mayor parte de las zonas mundiales de conflicto? Es cierto que el ultimátum de Aznar a Iraq, en las Azores, fue una bravuconería ridícula, sólo posible porque los otros dos miembros del trío, Bush y Blair, sí podían cumplir la amenaza. España, no; pero, ¿deberíamos querer poder hacerlo?

En todo el mundo, la propaganda militarista enmascara hoy como "intervenciones humanitarias" o como "prevención del terrorismo" lo que no son, en la gran mayoría de los casos, sino ocupaciones militares ilegítimas y, cada vez más, también ilegales desde el Derecho Internacional, ya que pocas veces cuentan con la aprobación de Naciones Unidas. Para aquellos casos en que sí fueran precisas fuerzas de interposición entre contendientes o destinadas a detener genocidios, la organización –una vez democratizada, de forma que fuera realmente representativa de la comunidad internacional– debería dotarse de un cuerpo armado propio (cascos azules) independiente de los ejércitos de cada país. Con lo que quedaría al descubierto la coartada de la intervención humanitaria de los ejércitos "nacionales".

También se repite que Europa no tendrá verdadera influencia en el mundo si no posee un poder militar importante. Algunos creemos que esta influencia debería basarse en un modelo social y político de defensa de la democracia y los derechos humanos y no en la presión militar con tintes de neocolonialismo. No en la razón de la fuerza sino en el valor de la solidaridad con otros pueblos. Y, por otra parte, cuando se hace referencia a Europa se piensa realmente en algunos de sus Estados componentes, los más poderosos y con mayor pasado colonial. No está en el horizonte que ninguno de ellos rehúse a su propio ejército para construir un ejército europeo.

Pero, en todo caso, incluso si el nacionalismo estatalista, hoy a la ofensiva, convence a muchos de que hemos de apoyar el objetivo aznarista de "sacar a España del rincón", haciendo que el Ejército realice tareas en otros continentes (en realidad, para usar términos militares, para que haga de asistente del Ejército de Estados Unidos), ¿de dónde saldría el dinero necesario para ello? Dado el objetivo de déficit cero y la política fiscal, no podría provenir más que de un recorte de las pensiones y otros subsidios y de mayores restricciones en educación, sanidad y otros servicios públicos. ¿Debemos aceptar esto para volver a la dudosa gloria de unos nuevos "tercios de Flandes"? No creo que sea esto, en modo alguno, lo que nos interese.

Por eso habremos de estar en guardia frente a posibles "pactos de Estado" al respecto. Ante la propuesta en este sentido, que seguro hará el Partido Popular, Rodríguez Zapatero debe decir no, o perderá toda la credibilidad que hoy pueda tener y, con ello, las posibilidades de entrar en la Moncloa. Este país no es militarista; entre otras cosas porque tuvo que soportar, hace no demasiado, cuarenta años de dictadura militar.

recorridos

# Cultura portátil

**Salvador Compán**

EN los meses más fríos, lo que se llama vida cultural toma su máxima dimensión y hace que muchos anden como alumnos por la vida, frecuentando aulas o conciertos, cines o teatros, hasta que el calor nos saca a casi todos al aire libre o nos pega al otro aire carceiario de los aparatos climatizadores. Viene ahora el verano y el dominio de una ratonería cultural cuyo espejo es una televisión que fomenta la idiotez para mejor negociar con ella y que, con el calor, consigue lo imposible: aumentar aún más sus ya incontables minutos de indigencia mental.

La cultura social, en verano, se sostiene apenas sobre el esqueleto de lo que fue en invierno; es la otra cultura, la individual, la que no conoce el ciclo de las estaciones, la que sobrevive siempre y resiste a todos los veranos porque es portátil y habita en la vida de quien la posee. Por eso importa tanto que la cultura social nutra a la individual, que esté en función de ella, que las instituciones olviden los actos efímeros, tan políticamente publicitarios, y se centren en todo lo que suponga continuidad o aprendizaje.

Aparte de la enseñanza, requisito imprescindible para socializar la cultura, estoy hablando de la red de museos o de teatros andaluces, o de los talleres que fomentan los ayuntamientos. En la base de esa cultura estructural, hay un trabajo anónimo que deja una rentabilidad de por vida. Últimamente, he conocido más de cerca a las personas que gestionan el CAL –Centro Andaluz de las Letras– y he podido hacerme cargo de con qué pocos medios hacen vivir la literatura reviviéndola en tantos sitios. Las seis personas que trabajan en el CAL multiplican su escaso presupuesto manteniendo la voz de autores –desde los clásicos a los noveles– en diferentes circuitos estables que cubren casi todas las localidades andaluzas. Están tan convencidos de que la lectura se fomenta sin milagros y con constancia que llevan su tesón a una especie de mesianismo impagable, pues desborda con mucho su horario laboral. Esas seis personas hacen posible un tejido literario que no tiene parangón en otras autonomías. Son conscientes de que toda limitación lingüística es una limitación social, de que un pueblo sin libros está condenado a no sobrepasar el abecé del folclore. No ignoran que si las instituciones han trabajado para enraizar la cultura, aunque cierren, nunca cierran en verano, pues la cultura asumida por las gentes es portátil y nunca está de vacaciones.

la ciudad y los días

# Buitres sobre el Rocío

**Carlos Colón**

ESOS buitres que se dicen periodistas del corazón sobrevuelan el Rocío. Algo, no sé qué, deberían hacer las hermandades para impedir que el pacto entre famosos, famosillos y supuestos periodistas utilice el Rocío como si fuera el plató de un programa de telebasura. Es difícil, pero no imposible, frenar la sombra que el vuelo de estos buitres arroja sobre la más importante manifestación de devoción popular andaluza. Desde hace una semana es de verse el despliegue de *informaciones* que ligan la romería del Rocío al escarceo de los que nutren la telebasura y la hacen. Y ya no se trata de aquella información rosa pálido referida a quienes habían logrado la fama haciendo algo más –cantar, actuar, bailar– que acostarse con alguien para lograr cierta popularidad convirtiendo en mercancía su falsa intimidad (falsa porque está artificialmente vivida para ser vendida).

Antes, alguien que vivía de hacer algo con cierta maestría y por ello se había hecho famoso, se dejaba fotografiar camino del Rocío. Al público que los admiraba por su forma de cantar, bailar o actuar les gustaba verlos, a ellos les servía de promoción y ahí quedaba la cosa. Ahora, la jauría de informadores de cuestiones tan esenciales como el divorcio de éste, la separación de aquella, el arrejuntamiento de fulano de tal o la pareja número dos millones trescientos cuarenta y siete mil de fulanita de tal –casi ninguno de los cuales ha hecho nada para ser famoso más que eso de recasarse, rejuntarse, o resepararse– se abalanza sobre el Rocío para saciar la coprofagia visual de la legión creciente de espectadores de las tremendas televisiones, públicas y privadas, que padecemos. Los de siempre dirán que responden a la demanda y que la democrática libertad del espectador es la que elige. Dos mentiras: la oferta se puede crear –y de hecho se crea– artificialmente, suministrando lo abyecto: es más fácil abandonarse que educarse, no pensar que pensar, mirar por el ojo de la cerradura que no hacerlo; y sólo la educación haría posible esa libertad de elección. La estrategia tramposa de los *teledemagogos* –esta misma semana lo hacía Sardá– es la de equiparar audiencia a electorado y la supuesta libertad de elección de telebasura a la efectiva libertad de voto.

> *Para ellos el Rocío es una gigantesca bacanal con pretexto religioso (y hasta sin él), un plató de telebasura en el que los famosillos mercadean con su falsa intimidad*

Julio Jiménez Heras contaba ayer, en su crónica de la salida del Rocío del Salvador, cómo un grupo de fabricantes de telebasura llegó a estorbar el avance de la carreta del Simpecado tomando unas imágenes en las que ellos mismos bailaban para demostrar a su ilustrada audiencia lo estupendamente que se han integrado en este cachondeo con pretexto religioso que para ellos es el Rocío. Canal Sur, pese a que se diga *la nuestra*, tampoco hace gran cosa por dar al Rocío el tratamiento que le corresponde. Sus programas cordiales abusan de él tanto como los de cualquier otra cadena, y el especial que le dedicaron la otra noche era más falso que un decorado andaluz de Cifesa. Que también los andaluces hacemos lo que podemos para contribuir a esta desvirtuación del Rocío.

→ccolon@diariodesevilla.es